

Lord Byron

Vicente Quirarte

Nos llaman el monstruo. Aunque seamos hermosos, monstruos somos aquellos que nos salimos de la norma, los que aspiramos a la grandeza y a la eternidad. Antes de instalarme en Villa Diodati quise conocer el campo de batalla de Waterloo, donde aún estaban humeantes las bocas de los cañones de la batalla que echó definitivamente por tierra los sueños de Napoleón Bonaparte. Si la Bestia, como sus enemigos lo rebautizaron, llevaba consigo todo lo necesario para que la vida en campaña fuera como estar en casa, yo viajo con un carruaje lleno de todo lo que hace de cada día de la semana una obra de arte. Viajo, por supuesto, en compañía de mis animales que sólo por convención llamamos irracionales, pues reúnen todas las virtudes humanas y ninguno de sus defectos.

Yo, George Gordon Lord Byron, señor de la primera persona, amigo de Satán y retador del cielo, voy a vivir para siempre. Como otros grandes, puedo arrasar, conquistar, pasar por encima de todas las convenciones de la especie humana. Ir más allá de los versos que me justifican. Acabar con la vida para ser digno de ella y hacerla un proyecto verdaderamente hermoso, alto e invencible.

Aunque la derrota napoleónica fue obra de mis coetérreños ingleses, no por ello me resultan dignos de admiración. Los detesto por su hipocresía, su falso pudor, su falta de agallas para llevar a cabo —o asumirlas— todas las trasgresiones de las que me envanezco: nadar en mar abierto, cometer incesto y adulterio, vivir en una abadía abandonada por los hombres pero poblada por fantasmas, donde bebía de una copa hecha con la calavera de un humano. Comer sólo lo necesario para subsistir en el planeta.

Me confieso ególatra y soberbio. No puedo y no debo ser de otra manera. Si los señores de la guerra no tuvieron prejuicios, tampoco debe tenerlos quien en otro terreno quiere cambiar la vida. “Mientras escribí los excesos y absurdos que han deformado el gusto del público, me han aplaudido como un eco; hoy, en cambio, cuando en los últimos tres o cuatro años he dado a luz cosas que no se deberían ‘dejar morir’ (como dice Milton), toda la pira ronca y gruñe y se revuelca en sus inmundicias. Sin embargo, es justo que yo deba expiar mi culpa por haberlos corrompido, puesto que nadie más ha contri-

buido más que yo, con mis primeras obras, a producir aquel sueño exagerado y falso”.

Ginebra. Sus 40 mil habitantes deben de estar felices de verse libres de la dominación francesa. Sin embargo, el único periódico de esta ciudad insignificante, la *Gazette de Lausanne*, dedicó un renglón a mi presencia en esta ciudad cuando debía enorgullecerse de que en ella se instalara el más importante poeta de este mundo. Suiza es un mezquino, egoísta y sucio país de brutos, situado en la región más romántica del mundo. No soporto a sus habitantes, y menos aun a sus turistas. No conozco ningún otro lugar con excepción del infierno donde me sentiría inclinado a convivir con ellos.

Los ingleses. Los detesto a todos, excepto a mis amigos los Shelley, particularmente a Percy, ese poeta en quien comprobé que el fuego reconoce al fuego. Alguien que concluye y lleva a la práctica la idea de que “los poetas son los legisladores desconocidos del mundo” debía ser mi hermano para siempre. El poeta debe arder como hoguera. Iluminar como ella o morir en el intento. Lo mismo su amante Mary, silenciosa como una piedra. Como las piedras, sabia y eterna. Cuando le pregunté por los motivos para haber escapado con Shelley, me respondió, luego de meditarlo, con cuatro palabras lentamente pronunciadas: “Amor, Juventud, Miedo y Valentía”.

Este verano de 1816 ha sido, en el lago y sus alrededores, pródigo en tormentas. Imposible para los habitantes de Villa Diodati, como lo habíamos venido haciendo, salir a volar cometas y poner a prueba los experimentos que con la magia tangible de la electricidad llevábamos a cabo los nuevos hechiceros. La noche del 16 de junio, la energía de los elementos congregados en el cielo era tan intensa como aquella que en tierra concentrábamos los lectores de *Fantasmagoriana, ou Recueil d'histoires d'apparitions, de spectres, revenants, fantômes*, etcétera.

Siempre proclive al desafío, propuse que los cofrades no sólo tembláramos ante historias ajenas, sino que nos atreviéramos a intentar una nueva. Fue el miedo a no tener miedo el que me llevó a provocar en mis contertulios la ejecución de un ejercicio. Me gusta provocar, asustar, y mis amigos eran los imanes más proclives a ser los pararrayos de la gloria o la desgracia.

Pequeño y modesto nunca lo he de ser. Nací para convulsionar al mundo, y debo ser fiel a ese mandato. Amo el amor, tanto como amo la libertad, y a esa bendición maldita voy a ser fiel toda la existencia. Buscar en el otro la eternidad nunca saciada. Vampiro de la vida, voy a beber de su fuente hasta nunca saciarme.

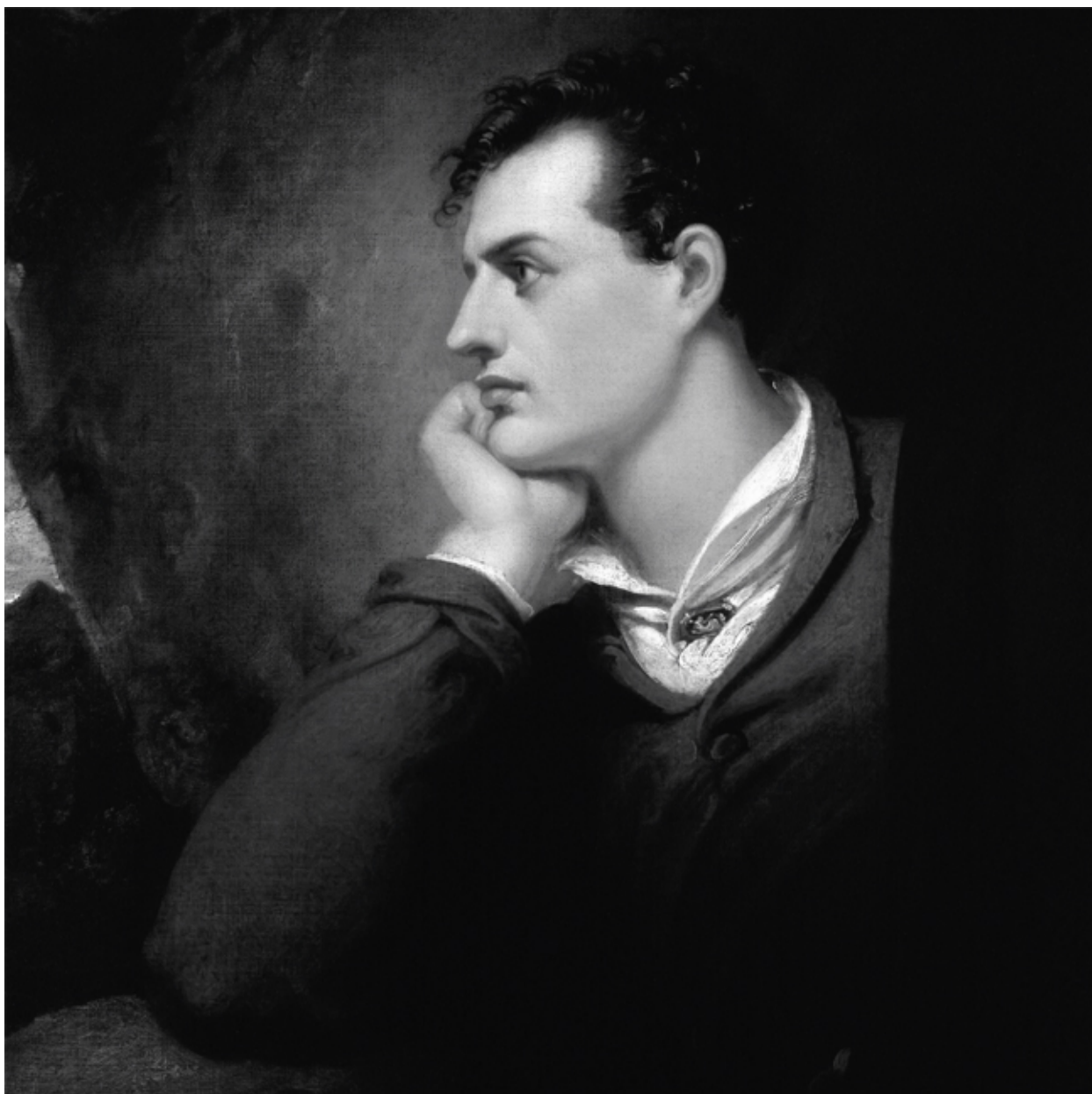
No por eso soy lo que puede llamarse convencionalmente un hombre feliz. Quiero vivir así, en combustión permanente. Sólo el movimiento disipa, momentáneamente, la tortura mayor de haber nacido.

Ni el fragor de las batallas,
ni el torrente, ni la montaña,
ni el ventisquero, ni el bosque,
ni la nube, han aliviado
un solo instante el peso
que me oprime el corazón,
permitiéndome ahogar
el recuerdo de mí mismo en la majestad,

en el poder y en la gloria
de todo lo que me rodea.

El corazón. Escribo esta palabra y me estremezco. Todo está en el corazón y de él parte la vida y sus pasiones. Hay que rasgar la piel y vulnerar el alma, y que la impecable articulación de la palabra nos purifique. Lanzar un poema al mundo, procrear ese hijo desobediente y dejarlo caminar con sus propios medios, armar una bomba contra el tiempo que borrará los nombres de sus protagonistas pero nunca la intensidad de sus pasiones.

El corazón de Shelley será la última parte de su cuerpo y la primera. Mi corazón latirá en otros pechos porque habré de morir de pie. Es de noche en Villa Diodati. Las nubes se reflejan en la tersura del lago y laten los corazones de los dormidos que mañana volverán a su plena existencia. ¿Plena existencia? El hombre es un miserable en la vigilia y un Dios cuando se entrega al sueño. Los corazones de varios de quienes aquí duermen latirán toda la vida. Al menos dos siglos y más allá del tiempo.



Richard Westall, *George Gordon Byron*